

aquí y el vuestro en alejaros de este sitio. Vais, pues, mi general, á dejar el buque; os daré un hombre y un bote, que os conducirá á la costa por medio de un rodeo. Aun no es de día; las olas son altas, el mar está oscuro y podeis salvaros. Hay situaciones en las que huir es vencer.

El anciano inclinó gravemente la severa cabeza en señal de asentimiento.

El conde de Boisberthelot, levantando la voz dijo:

—Soldados y marineros!...

Todos prestaron atencion y de todos los puntos del buque las caras se volvieron hácia el capitán.

Este prosiguió:

—Este hombre, que está entre nosotros, representa al rey. Nos le han confiado y debemos conservarle, porque es necesario para restablecer el trono en Francia; á falta de un príncipe, él debe ser el jefe de la Vendée. Es un gran militar, que debia abordar las costas de Francia con nosotros, y es preciso que llegue á ellas de cualquier modo. Salvar su cabeza es salvar á la patria.

—Sí, sí, gritaron todos los de la tripulacion.

El capitán continuó:

—Tambien vá á correr sérios peligros, porque no ganará la costa fácilmente. Necesitaria un buque de gran cabida para arrostrar las grandes oleadas, y es preciso que se vaya en un barco pequeño para burlar la vigilancia del crucero. Tomará tierra en cualquier punto seguro, y necesita un marinero robusto que sea buen remero y buen nadador, hijo del país y que conozca estos mares. Reina aun bastante oscuridad para que el bote pueda alejarse de la corbeta sin que le vean; además, haremos aquí mucho humo para que le oculte por completo. La pequeñez del bote le ayudará á librarle de los escollos, porque donde la pantera queda presa, la comadreja escapa. No hay salida para nosotros, pero la hay para él. El bote se alejará de aquí á fuerza de remos; los buques enemigos no lo verán, porque además de la oscuridad, estaremos proporcionándoles un divertimento. No digo bien?

—Sí, sí, gritó la tripulacion.

—No debemos perder ni un minuto, repuso el capitán. ¿Hay en la corbeta un hombre de buena voluntad?

Un marinero salió de entre las filas y dijo:

—Yo.

## X.

Se escapará?

**M**omentos despues uno de esos botes que se llaman *yon-yons*, que están especialmente al servicio de los capitanes, se alejaba de la corbeta. Llevaba á dos hombres, al anciano pasajero, que se sentó á la popa, y al marinero de *buena voluntad*, que ocupó la proa.

La noche era aun muy oscura. El marinero, obedeciendo á las indicaciones del capitán, remaba vigorosamente en direccion á los Minquiers, que era su único punto de escape en aquellas circunstancias.

Habian depositado en el fondo del bote algunas provisiones, un saco de galleta, una lengua de vaca ahumada y un barril de agua.

Cuando partia el *yon-yons*, La Vienville, bromeando ante el peligro, se inclinó sobre el codaste del timon de la corbeta y dirigió al bote este saludo burlesco:

—Es excelente para huir, pero es mejor aun para ahogarse.

—Basta de bromas inoportunas, le dijo el piloto.

El bote se separó de la corbeta y en breve se le vió muy distante; el viento y el mar estaban de acuerdo con el remero, y la frágil embarcacion huia rápidamente ondulando, oculta por el crepúsculo y por los inmensos pliegues de las olas.

Reinaban en el mar momentos de sombría calma, y de repente en el vasto y tumultuoso silencio del Océano se oyó una voz que, aumentada por el porta-voz como por la máscara de bronce de la tragedia antigua, parecia sobrehumana; era la del capitán Boisberthelot, que, tomando la palabra, gritó:

—Marinos del rey, clavad el pabellon blanco en el palo mayor, que vamos á ver brillar el último sol.

Al decir esto un cañonazo salió de la corbeta.

—Viva el rey! gritó la tripulacion.

Al extremo del horizonte se oyó otro grito inmenso, lejano, confuso, que decia:

—Viva la República!

Estrépito semejante al estruendo que debian producir trescientos rayos, estalló en las profundidades del Océano.

Principió el combate.

El mar se cubrió de humo y de fuego y los chorros de espuma que forman

las balas de cañon al caer en el agua picaron las olas por todas partes.

La *Claymore* escupia fuego sobre los ocho buques, y al mismo tiempo la escuadra, formada en semicírculo alrededor de la corbeta, vomitaba llamas por todas sus baterías. Se incendió el horizonte. Parecia que un volcan salia del mar. El viento retorcia la inmensa púrpura de la batalla, entre la que los buques aparecian y desaparecian como espectros. En primer término se dibujaba el esqueleto negro de la corbeta sobre fondo rojo. Distinguíase en la punta del palo mayor el pabellon sembrado de flores de lis.

Los dos hombres que iban en el bote guardaban silencio. El bajo-fondo triangular de los Minquiers, especie de Trinacrio submarino, es mayor que la isla entera de Jersey; el mar le cubre y tiene por punto culminante una meseta que sobresale hasta en las más altas mareas, y desde el que se destacan al Norte seis poderosas rocas formadas en línea recta, que causan el efecto de una gran muralla derruida aquí y allá. El estrecho entre la meseta y los seis escollos solo es practicable para los barcos de poquísimo calado; más allá está ya la alta mar.

El marinero que se encargó de salvar el bote y al pasajero metió la embarcacion por entre dichas rocas, interponiendo así los Minquiers entre la batalla y el bote. Remó despues con destreza por el estrecho canal, evitando los arrecifes, tanto á babor como á estribor, y entonces las rocas le ocultaban la batalla. El resplandor del horizonte y el estrépito furioso del cañoneo comenzaban á decrecer á causa de la distancia, que cada vez era mayor; pero á juzgar por lo continuo de las detonaciones, podia comprenderse que la corbeta se sostenia y que estaba dispuesta á agotar hasta la última de sus noventa y una andanadas.

Muy pronto el bote se encontró en agua libre, fuera del escollo, fuera de la batalla y fuera tambien del alcance de los proyectiles.

Poco á poco el mar era menos oscuro; ibanse ensanchando los puntos luminosos, la espuma se rompía aquí y allá en chorros de luz y brillantes blancuras flotaban sobre la superficie de las olas. Por fin apareció el dia.

El bote estaba ya fuera del alcance del enemigo; pero le restaba por vencer la mayor dificultad: se libró de la me-

tralla, pero no estaba libre del naufragio. Con casco pequeño, imperceptible, sin puente, sin vela, sin mástil, sin brújula, sin más recurso que el remo, se encontraba en alta mar y á merced del huracan; era un átomo en poder de dos colosos.

En momentos tan críticos, en aquella inmensidad, en aquella soledad, el hombre que iba á proa, levantando la cara, que la luz matinal hacia palidecer, miró fijamente al hombre que iba á popa y le dijo:

—Soy el hermano del artillero que hicisteis fusilar.

## LIBRO TERCERO

## Halmalo.

## I.

La palabra es el verbo.

**E**l anciano levantó lentamente la cabeza.

El hombre que le dirigió la palabra podria frisar en los treinta años; tenia la frente tostada por el aire del mar; sus ojos eran extraños, lanzaban la mirada sagaz del marinero, de las pupilas cándidas del aldeano.

Empuñaba con brío los remos y su aspecto era agradable; en la cintura llevaba un puñal, dos pistolas y un rosario.

—Quién eres, le preguntó el anciano.

—Acabo de deciroslo.

—Qué quieres de mí?

—El hombre soltó los remos, cruzó los brazos y respondió:

—Mataros.

—Como gustes, dijo el anciano.

—Preparaos, pues.

—A qué?

—A morir.

—Por qué? preguntó el *paisano*.

Hubo un momento de silencio. El marinero pareció cortado por esta pregunta. Despues insistió:

—Os digo que quiero mataros.

—Y yo te pregunto por qué.

Los ojos del marinero despidieron un relámpago.

—Porque habeis hecho matar á mi hermano.

—Principié por salvarle la vida.

—Es verdad, primero le salvásteis, pero le matásteis despues.

—No soy yo quien le ha muerto.

—Pues entonces, quién?

—Su falta.

El marinero contempló al anciano con la boca abierta, pero despues sus cejas recobraron su fruncimiento feroz.

—Cómo te llamas? le preguntó el anciano.

—Me llamo Halmalo, pero no necesito saber mi nombre para que os mate.

En aquel momento apareció el sol en el horizonte; un rayo de su luz dió al marinero en el semblante é iluminó con viveza su rostro salvaje. El viejo le contemplaba con fijeza.

El cañoneo se prolongaba aun, pero con interrupciones y sacudidas de agonia; grandes nubes de humo se esparcian por el horizonte, y el bote, abandonado por el remero, iba á merced de las olas.

Halmalo asió con la mano derecha una de las pistolas que llevaba en el cinturón y tomó con la izquierda el rosario.

El anciano se puso en pié.

—Crees en Dios? le preguntó.

—Es nuestro Padre que está en los cielos, le respondió el marinero, é hizo la señal de la cruz.

—Tienes madre?

—Sí.

Se persignó por segunda vez. Despues añadió:

—Estoy resuelto: os concedo un minuto, señor.

Armó la pistola.

—Por qué me llamas señor?

—Porque lo sois; eso se comprende.

—Tú tienes señor?

—Sí, y grande. ¿Hay alguno que no lo tenga?

—Dónde está tu señor?

—No lo sé, salió del país; se llama el señor marqués de Lantenac, vizconde de Fortenay, es príncipe en Bretaña y señor de las siete Florestas; aunque jamás le he visto, eso no impide que sea mi señor.

—Si le vieses le obedecerías?

—Desde luego; seria un pagano si no le obedeciese. Se debe obedecer á Dios en primer lugar, despues al rey, que es como Dios, y luego al Señor, que es como el rey. Pero no se trata ahora de eso: habeis muerto á mi hermano y debo mataros.

—En primer lugar te contesto que matando á tu hermano he obrado bien.

El marinero apretó la pistola con la mano.

—Preparaos ya.

—Sea, contestó el anciano. ¿Dónde está el sacerdote? preguntó con serenidad.

—El sacerdote? exclamó mirándole Halmalo.

—Sí; yo le proporcioné uno á tu hermano; debes tambien proporcionármele.

—No lo tengo á mi disposicion. ¿Acaso hay sacerdotes en alta mar?

Entre tanto se oian detonaciones convulsivas, cada vez más lejanas.

—Los que mueren en aquella batalla reciben la absolucion.

—Eso es verdad, murmuró el marinero.

El anciano prosiguió:

—Vas á perder mi alma y eso es muy grave.

Pensativo el marinero, inclinó la cabeza.

—Al perder mi alma, continuó diciéndole el anciano, pierdes la tuya. Escucha: te tengo lástima. Pórtate conmigo como quieras; yo cumplí mi deber salvando primero la vida de tu hermano y quitándosela despues por castigo. Ahora tambien cumplo mi deber tratando de salvar tu alma. Reflexiona, porque lo que te voy á decir te importa mucho. ¿Oyes en este instante los cañonazos? Pues allí hay hombres que perecen, desesperados que agonizan, esposos que no volverán á ver á sus esposas, padres que no volverán á ver á sus hijos, hermanos que no verán nunca á sus hermanos. Por culpa de quién? por culpa de tu hermano. Sé que crees en Dios y tú sabes que Dios sufre en este momento.

Dios sufre por su hijo cristianísimo el rey de Francia, que es un niño, como el niño Jesús, y que está preso en la Torre del Temple; Dios sufre por su iglesia de Bretaña; Dios sufre por sus catedrales insultadas, por sus evangelios destrozados, por sus casas de oracion violadas; Dios sufre por sus sacerdotes asesinados. ¿Qué idea nos condujo á ese buque, que quizá sucumbe en estos momentos? Ir en auxilio de Dios. Si tu hermano, como buen servidor, hubiese cumplido fielmente su oficio de hombre prudente y útil, no nos hubiera sobrevenido la desgracia de la corbeta, y no extraviándose de su rumbo, no hubiera caído en el poder de esa escuadra de perdicion, y á estas horas todos estariamos desembarcando en Francia como hombres de guerra y como marinos, sable en mano y con la bandera desplegada, á ayudar á los valientes aldeanos de la Vendée á salvar á la Fran-

cia, á salvar al rey, á salvar la causa de Dios. Eso veniamos á hacer, y lo hubiéramos hecho; eso es lo que yo solo podria hacer aun todavia. Pero tú te opones, y en este combate de los impíos contra los sacerdotes, de los regicidas contra el rey, de Satanás contra Dios, tú estás por Satanás. Tu hermano fué el primer auxiliar del demonio, tú eres el segundo; él comenzó la obra y tú la acabas. Te decides por los regicidas y contra el trono, por los impíos contra la Iglesia, y privas á la causa de Dios del último recurso. Porque no estando yo en la Vendée, yo, que represento al rey, las aldeas continuarán ardiendo, las familias llorando, los sacerdotes muriendo, la Bretaña perdida, el rey en la cárcel y Jesucristo en la afliccion. ¿Quién tendrá la culpa de todo esto? Tú. Adelante, pues; concluye tu obra. Contaba contigo para que sirvieras mi causa, me equivoqué; pero tú tienes razon, porque hice matar á tu hermano. Tu hermano era valiente y le recompensé; tu hermano fué culpable y le hice castigar; faltó á su deber, yo no falté al mio. Como me porté me volveria á portar; en casos semejantes, como mandé fusilar á tu hermano hubiera mandado fusilar á mi hijo. Ahora aquí tú eres el señor y mandas, pero te compadezco, porque mentiste á tu capitán. Eres cristiano y careces de fé, eres breton y careces de honor, fuí confiado á tu lealtad y aceptado por tu traicion, y vas á matar al que prometiste salvar la vida. Sabes qué vas á perder? Pues vas á perderte á tí mismo. Quitándome la vida, que pertenece al rey, entregas tu eternidad al demonio. Comete el crimen, no te detengas, malogra tu parte de paraiso; ¡gracias á tí vencerá el diablo, gracias á tí las iglesias caerán, los paganos continuarán fundiendo las campanas para convertirlas en cañones y ametrallarán á los hombres con el metal que salvaba las almas. En este momento en que te hablo, quizás la campana que sonó en tu bautizo mata tal vez á tu madre. Prosigue, ayuda al demonio; no te detengas. Condené á tu hermano, pero es menester que pienses que fuí el instrumento de Dios. Mira lo que vas á hacer; ¿sabes siquiera si me encuentro en estado de gracia? No lo sabes, pero obra como quieras; eres libre para enviarme al infierno y arrojarte en él conmigo. La condenacion de ambos está en tus manos; tú eres el responsable de ella ante Dios. Estamos solos frente á frente del abismo; continúa, termina,

acaba. Soy anciano y eres jóven, estoy desarmado y tú con armas; mátame.

Mientras que el anciano, en pié, con poderosa voz, que dominaba el ruido del mar, decia el anterior monólogo, las ondulaciones de las olas le hacian aparecer ya en la oscuridad, ya en la luz; el marinero estaba lívido; gruesas gotas de sudor le caian en la frente, temblaba como la hoja en el árbol, besaba de vez en cuando el rosario, y cuando el anciano acabó de hablar, arrojó la pistola y cayó de rodillas:

—Perdon, señor, exclamó; hablais como hablaria Dios. No tenia yo razon; mi hermano era culpable. Haré cuanto pueda por reparar mi crimen. Disponed de mí. Mandad, que yo obedeceré.

—Te perdono, le dijo el anciano.

## II.

Memoria de campesino equivale á ciencia de capitán.

Las provisiones que llevaban en el bote no fueron inútiles, porque los dos fugitivos se vieron obligados á hacer muchos rodeos y gastaron treinta y seis horas en llegar á la costa. Pasaron una noche en el mar, una noche tranquila, que alumbraba demasiado la luna á gente que queria ocultarse. Tuvieron desde luego que alejarse de Francia á tomar el largo hácia Jersey.

Oyeron el último y supremo cañoneo de la corbeta vencida, como se oye el último rugido del leon muerto por los cazadores en el bosque. Despues se restableció el silencio en el mar.

La corbeta la *Claymore* murió del mismo modo que *El Vengador*, pero la gloria no lo supo. Nadie es héroe contra su patria.

Halmalo era sorprendente marinero; hizo milagros de destreza y de inteligencia, y la improvisacion de un itinerario al través de los escollos, de las olas y de la vigilancia del enemigo, fué una obra maestra. El viento habia disminuido y la mar era ya manejable.

Halmalo evitó las rocas de los Minquiers, costó *La Calzada de los Bueyes*, abrigándose en ella para descansar algunas horas en la pequeña ensenada que se forma allí con la pequeña marea; descendiendo luego al Sur, halló medio de pasar entre Granville y las islas Chausey, sin que le viesen ni el vigía de Chausey ni la atalaya de Granville. Internóse despues en la bahía de San Miguel, que fué una verdadera audacia

por la vecindad de éste á Cancale, fondeadero habitual del crucero.

La tarde del segundo dia, una hora antes de ponerse el sol, dejó detrás de ellos el monte de San Miguel y fué á tomar tierra en una playa que está siempre desierta, porque es peligrosa y expuesta á naufragios. Por fortuna la marea estaba alta.

Halmalo empujó el bote lo más adentro que pudo: tanteó la arena, la encontró sólida, hizo varar la embarcación y saltó á tierra. El anciano hizo lo mismo despues y examinó el horizonte.

—Señor, dijo el marinero, estamos en la embarcación de Conesnon. A estribor tenemos á Beauvoir y á babor á Huisnes. El campanario que está enfrente de nosotros es el de Ardevon.

El anciano se inclinó hácia el bote, tomó galletas, que se metió en el bolsillo, y dijo á Halmalo.

—Quédate con lo demás.

El marinero metió en el saco la comida y las galletas que quedaban y se cargó el saco á las espaldas diciendo:

—Señor, ¿quereis que os guie ó que os siga?

—Ni lo uno ni lo otro.

Halmalo, estupefacto, miró al anciano; éste continuó:

—Vamos á separarnos. Ser dos no sirve de nada; es preciso ser mil ó estar solos.

Despues de dicho lo anterior sacó del bolsillo un lazo de seda verde, bastante parecido á una escarapela, en cuyo centro habia bordadas flores de lis de oro, y añadió:

—Sabes leer?

—No.

—Me parece bien; el hombre que lee sirve de estorbo. Tienes buena memoria?

—Sí.

—Perfectamente. Escucha, Halmalo; vas á irte por la derecha, mientras yo me iré por la izquierda; yo voy hácia Fougères y tú te dirigirás hácia Bazouges. Conserva el morral, que te dá apariencia de aldeano; oculta las armas, corta un palo en cualquier llanura, evita el encuentro de los transeuntes, evita tambien los puentes y los caminos; no entres en Ponterson... Ah!... tendrás que atravesar el Conesnon: cómo le pasarás?

—A nado.

—Bien; además, hay un vado. ¿Sabes dónde está?

—Entre Ancy y Vieux-Viel.

—Muy bien; veo que conoces verdaderamente el país.

—Pero se acerca la noche... ¿El señor dónde se acostará?

—Yo me encargo de eso; y tú, ¿dónde pasarás la noche?

—Sobre el césped, en cualquier parte; he sido campesino antes de ser marinero.

—Quitate el sombrero, que podria excitar sospechas; en cualquier parte encontrarás una caperuza.

—Una montera se encuentra en cualquier parte; el primer pescador que encuentre me venderá la suya.

—Está bien... dime... ¿Conoces los bosques?

—Todos.

—De todo el país?

—Desde Noirmontier hasta naval.

—Y sus nombres?

—Tambien.

—Olvidarás algo de lo que voy á decirte?

—Nada olvidaré.

—Pues préstame atención. ¿Cuántas leguas puedes andar cada día?

—Diez, quince, diez y ocho, veinte si es necesario. (1)

—Será preciso. No pierdas ni una palabra de las que voy á decirte: irás al bosque de Saint-Aubin.

—Cerca de Lamballe?

—Sí. A la orilla del barranco que hay entre Saint-Rieul y Pledeliac crece un gran castaño; te parará allí. No verás á nadie.

—Lo que no impedirá que haya allí álguien. Ya lo sé.

—Harás la señal. Sabes hacer la señal?

Halmalo hinchó los carrillos, se volvió hácia el mar y se oyó entonces un grito de mochuelo; cualquiera hubiera creído que aquel grito salia de las profundidades nocturnas; era parecido al de pájaro y siniestro como él.

—Bien, le contestó el anciano; está bien.

Presentó al marinero el lazo de seda verde y le dijo:

—Este es el lazo de mando, tómalo. Importa que nadie sepa aun mi nombre, pero este lazo te basta. Esta flor de lis la bordó la princesa real en la prisión del Temple.

Halmalo hincó en tierra una rodilla; recibió temblando el lazo de la flor de lis y le acercó á los labios; despues, como asustado de su atrevimiento, preguntó:

—Puedo besarlo?

—Sí, porque tambien besas el crucifijo.

(1) La legua francesa no tiene más que cuatro kilómetros.

Halmalo besó la flor de lis.

—Levántate, le dijo el anciano.

El marinero se levantó y escondió el lazo en el pecho.

El anciano prosiguió:

—Atiende bien. La consigna es esta: *Insurreccionaos; guerra sin cuartel*. Irás, pues, al extremo del bosque de Saint-Aubin y harás la señal tres veces; á la tercera verás salir de tierra un hombre.

—De un hueco practicado debajo de los árboles; lo sé.

—Ese hombre será Planchenault, alias Corazon de Rey. Le enseñarás ese lazo y te comprenderá. Despues irás por senderos al bosque de Astillé, y allí encontrarás á un hombre patizambo, llamado por mote Mosqueton, y que no se compadece de nadie; le dirás que le aprecio y que ponga en movimiento sus parroquias. Irás en seguida al bosque de Conesbon, que está á una legua de Ploermel; harás allí la señal del mochuelo y saldrá un hombre de un agujero. Será éste Thuault, senescal de Ploermel, que perteneció á lo que llaman Asamblea Constituyente, pero era de los buenos de esa reunion. Le dirás que arme el castillo de Conesbon, que pertenece al marqués de Guer, que está emigrado. Encontrarás allí barrancos, bosquecillos, terreno desigual, todo á propósito para nuestro objeto, y á Thuault, que es hombre recto y de ingenio. Irás despues á Saint-Ones-les-Toits y hablarás á Juan Chouan, que á mis ojos es el verdadero jefe. Pasarás al bosque de Ville-Anglose, en el que te encontrarás con Gritter y le advertirás que vigile á Courmesnil, que es yerno de Goupil de Prefelm y jefe del jacobinismo de Argentan. Retén todo cuanto llevo dicho en la memoria, porque no me conviene escribir nada. Despues te presentarás en el bosque de Rongefen, en el que está Milette, que salta los barrancos con la ayuda de un palo largo.

—Con una pértiga.

—Sabes servirte de ella?

—No sería breton ni campesino si no lo supiera. La pértiga es amiga nuestra y nos alarga los brazos y las piernas; en una ocasion ella me defendió de tres aduaneros que llevaban sables.

—Cuándo?

—Hace diez años.

—En tiempo del rey?

—Por supuesto.

—Te batias en la época del rey?

—Sí, señor.

—Con quién?

—Puede decirse que no lo sé; era contrabandista de sal.

—Está bien.

—A mi oficio le llamábamos pelear contra las gabelas. ¿Por ventura las gabelas son la misma cosa que el rey?...

—Sí y no; pero no necesitas ahora comprender eso.

—Pidoos perdon por haberos dirigido esa pregunta.

—Continuemos: conoces á Tourgue?

—Que si la conozco? Soy de ese país.

—Cómo?

—Sí, pues soy de Parigné.

—En efecto, la Tourgue está inmediata á Parigné.

—En la Tourgue hay un castillo grande y redondo, que es el castillo de la familia de mis señores. Una gran puerta de hierro separa el edificio nuevo del antiguo, y no es posible echarla abajo ni con un cañon. Hay un paso subterráneo que yo conozco, y que quizás nadie conoce.

—Qué paso subterráneo? No lo sé.

—Se abrió en otros tiempos, cuando sitiaron á la Tourgue; las gentes que estaban dentro pudieron salir por un pasadizo que hay bajo de tierra y desemboca en el bosque.

—Pasos subterráneos de ese género los hay en el castillo de la Jupelliere, en el de la Hunaudaye y en la torre de Campeon, pero no lo hay en la Tourgue.

—Sí, señor. No conozco los pasadizos que citais, pero conozco el de la Tourgue por ser hijo del país, y puedo añadir que nadie lo sabe más que yo. En mi tiempo estaba prohibido hablar de él, porque sirvió de paso cuando las guerras de Mr. de Rohan; mi padre sabia el secreto y me lo enseñó, por eso sé el secreto para entrar y el secreto para salir. Desde el bosque puedo ir á la torre, y desde la torre puedo pasar al bosque sin que me vean, y si los enemigos penetrasen allí, no me encontrarían.

El anciano permaneció un momento silencioso; despues dijo:

—Indudablemente te engañas; si existiese semejante secreto yo lo sabria.

—Estoy seguro que existe... hay allí una piedra que gira...

—Vosotros los campesinos creéis en las piedras que giran, en las piedras que cantan y hasta en las piedras que van á beber por la noche en el arroyo... cuentos, chismes.

—¡Pero si yo mismo he hecho girar esa piedra!...

—Como otros la habrán oido cantar.

La Tourgue es un castillo seguro y fuerte, fácil de defender, pero es candoroso creer que tenga una salida secreta que la pueda librar de un sitio.

—Pero, señor...

El anciano se encogió de hombros y dijo:

—No perdamos el tiempo. Hablemos de lo que importa. Prosigamos. Desde Rongefen irás al bosque, donde está Benedicite, que es el jefe de los Doce; es un buen jefe, que mientras hace arcabucear reza el *Benedicite*; para la guerra sobra la sensibilidad. Desde Montchevrier irás... Se me olvidaba el dinero.

Metió la mano en el bolsillo y sacó una bolsa y una cartera que entregó á Halmalo.

—En esta cartera hay treinta mil francos en asignados, que vendrán á resultar en dinero unas tres libras y diez sueldos. Debo advertirte que los asignados son falsos, pero en cambio los verdaderos no valen más. En la bolsa tienes cien luises en oro; te doy todo lo que tengo: ahora yo nada necesito, y es mejor que no me encuentren dinero en el bolsillo. Continuemos. Desde Montchevrier irás á Antrain, en donde verás á M. de Frotte; desde Antrain á la Jupelliere, en donde encontrarás á M. de Rochecotte... Te acordarás de todo esto?

—Como del *Padre nuestro*.

—Verás á Dubois-Guy en Saint-Brice en Cogle, á Turpin en Morannes, que es una aldea fortificada, y al príncipe de Talmont en Chateau-Ganthier.

—Y me hablará un príncipe?

—Pues no te hablo yo?...

—Halmalo se quitó el sombrero.

—Todos te recibirán al ver en tus manos la flor de lis de la princesa. No olvides de disfrazarte, porque tienes que ir por sitios donde hay campesinos y patanes, y esos republicanos son tan bestias, que con casaca azul, sombrero de tres picos y escarapela tricolor dejan pasar por todas partes. No hay ya ni regimientos, ni uniformes, ni los cuerpos tienen números, cada uno se pone el traje que quiere. En Saint-Mhervé encontrarás á Gaulier, llamado Pedro el Grande. Irás luego al canton de Parné, donde estarán los hombres de rostro ennegrecido, que ponen guijarros en los fusiles y doblan la carga de la pólvora para hacer más ruido. Irás en seguida al campo de la *Vaca Negra*, situado en una altura en medio del bosque de la Charnie. Irás también al Grand-Bordage, que le habita una viuda, de la que es yerno Treton,

llamado el Inglés. Visitarás á Epineux-le-chevreuil, á Sille-le-Guillaume, á Parannes y á todos los hombres que estén en los bosques. Te se harán amigos y los enviarás á los extremos del Alto y del Bajo Maine; verás á Juan Treton en la parroquia de Vaisges, á Sans-Regret en Bignon, á Chambord en Bouchamps, á los hermanos Corbin en Madioncellas y á le Petit-Sans-Peur en Saint-Jean-Sur-Erve. Hecho esto y dada la consigna en todas partes de *Insurreccionaos, guerra sin cuartel*, irás á unirte con el gran ejército, ejército católico y real, donde éste se encuentre. A de Elbée, de Lescure, de La Rochejaquelein y á los demás jefes que vivan les enseñas mi lazo de mando, que ellos ya saben lo que quiere decir. Eres un marinero, pero Cathelineau es un carretero nada más. De mi parte les dices á esos jefes que ya es hora de empeñar las dos guerras á la vez, la grande y la pequeña. La grande mueve más ruido, pero la pequeña es más productiva; la de la Vendée es buena, la de la Chuanería es peor, pero en las luchas civiles la peor guerra es la mejor. La bondad de la guerra se juzga por la cantidad de mal que ocasiona.

Hizo el anciano una pausa; despues continuó:

—Halmalo, te comunico todo esto porque aunque no comprendas las palabras, sé que comprendes las ideas. He adquirido confianza en tí viéndote maniobrar en el bote; sin saber geometría haces en el mar movimientos sorprendentes. El que sabe manejar su barco sabe dirigir una insurreccion, y el modo de manejar la intriga del mar me hace deducir que desempeñarás bien mis comisiones. Cuando encuentres ocasion oportuna haz saber á los jefes que prefiero la guerra en los bosques á la guerra en las llanuras. No conviene poner en línea á cien mil paisanos, expuestos á la metralla de los soldados azules y á la artillería de Carnot, y antes de un mes quiero tener quinientos mil matadores emboscados en las selvas. La caza que persigo es el ejército de la República: cazar furtivamente es guerrear, y sé bien la estrategia de los bosques. Que no se dé cuartel á nadie y que se llene todo de emboscadas. Les dirás también que los ingleses están con nosotros, y vamos á pillar á la República entre dos fuegos. La Europa nos ayuda á concluir con la revolucion. Me has comprendido?

—Sí, señor, que es preciso llevarlo todo á sangre y fuego.

## LIBRO CUARTO

### Tellmarch.

#### I.

##### La cumbre de la duna.

El anciano, en cuanto vió desaparecer á Halmalo, se embozó en su capa de mar y se puso en marcha. Caminaba pausadamente y pensativo. Marchaba hácia Huines, mientras que Halmalo se dirigia á Beauvoir.

Detrás de él se erguia el monte de San Miguel, que es al Océano lo que la pirámide Cleops es al desierto; enorme triángulo negro con su tiara de catedral y su coraza de fortaleza, con sus dos gruesas torres de Levante, una redonda y otra cuadrada, que ayudan á la montaña á sostener el peso de la iglesia y de la aldea.

Las arenas movedizas de la bahía del monte de San Miguel hacen que sus dunas cambien de sitio insensiblemente. Habia en aquella época, entre Huines y Ardevon, una duna muy alta, que hoy ha desaparecido; una de las tempestades del equinoccio la niveló, y tenia la rareza de ser antigua y de ostentar en su cumbre una piedra miliaria, erigida en el siglo doce en conmemoracion del Concilio celebrar en Avranches contra los asesinos de Santo Tomás de Cantorbery.

Desde lo alto de dicha duna se descubria todo el pais, y era fácil orientarse de él.

El anciano marchó hácia ella y subió por la pendiente; cuando se encontró en la cima, se acercó á la piedra miliaria, se sentó sobre uno de los lados de su cuadrada base y se dedicó á examinar la especie de mapa geográfico extendido á sus piés. Parecia que buscaba un camino en aquel pais, que le era conocido, porque en el vasto paisaje confuso á causa del crepúsculo, nada se destacaba con claridad más que el horizonte negro sobre el cielo blanco.

Veíanse los grupos de los tejados de once pueblos y aldeas; distinguíanse á muchas leguas de distancia todos los campanarios de la costa, que son muy altos, con la idea de que sirvan de puntos de vista á los que están en el mar.

Al cabo de algunos instantes pareció

—Eso es.  
—Sin dar cuartel.  
—A nadie.  
—Llevaré á todas partes esa consigna.  
—Ten mucho cuidado, porque en este pais se encuentra la muerte fácilmente.  
—No importa... el que dá el primer paso, usa quizás sus últimos zapatos.  
—Eres un valiente.  
—Y si me preguntan vuestro nombre?  
—Todavía no conviene que se sepa.  
Dirás que no lo sabes, y dirás la verdad.  
—Dónde volveré á veros?  
—Donde me encuentre.  
—Y cómo lo sabré?  
—Como lo sabrá todo el mundo. Antes de ocho dias. Haré escarmientos, vengaré al rey y á la religion, y comprenderás que se habla de mí.  
—Entiendo.  
—No te olvides nada.  
—Quedad tranquilo, señor.  
—Ahora parte, y que Dios te guíe.  
—Cumpliré todo lo que me encargais, hablaré, obedeceré y mandaré.  
—Bien.  
—Si salgo victorioso de mi comision...  
—Te haré caballero de San Luis.  
—Como á mi hermano; y si no salgo bien, me hareis fusilar.  
—Como á tu hermano.  
—Está dicho, señor.

El anciano inclinó la cabeza y cayó al parecer en profunda meditacion. Cuando levantó la vista ya estaba solo. Halmalo no era ya más que un punto negro que iba desapareciendo en el horizonte. El sol acababa de ponerse.

Las gaviotas y otras aves acuáticas volvan á sus nidos.

En el espacio reinaba esa especie de inquietud que precede á la noche; las ranas cantaban, las cercetas huian silbando de los estanques, las grullas, los ánades y los vencejos lanzaban sus gritos vespertinos; las aves de la playa se llamaban unas á otras, pero no se oia ningun ruido humano. La soledad era profunda, ni habia una vela en toda la bahía ni un aldeano en el campo; la extension del horizonte que abarcaba la vista estaba desierta. El viento silbaba entre los grandes cardos de las arenas; el cielo blanco del crepúsculo lanzaba en la playa vasta claridad lívida. De lejos los estanques de la llanura sombría parecian placas de estaño puestas de plano sobre el suelo. El viento soplabá por la parte del mar.